

llegue nadie a ella. Ama Dios tanto su honra, que no quiere que nadie le toque en ella. No te atribuyas a ti la honra de tu salvación. Él es nuestra guía, Él es báculo de nuestra flaqueza, Él es la firmeza de nuestra esperanza. ¿En quién pones tu fuerza? ¿En ti? En viento confías. Desconfía de ti, y pon la confianza en Dios. Digan otros: Por lo que yo hice. Di tú: *Salvum me fecit, quia ipse voluit me.* Salvóme porque Él me quiso salvar.»

6.—Prendas de nuestra predestinación.

Diréis: Pues, Padre, ¿cómo sabré que soy uno de ellos? Que si de ellos soy, dadlo por hecho, no he menester sino dejarme estar así.

—Ahí está el punto. ¡Oh si me mandase Dios que dijese a todos cuantos estáis aquí, que nos hemos de salvar! Pluguiese a su misericordia que fuese así. Grandes señales tenemos de Dios para ello; que pues Dios nos pudiera criar entre turcos, y nos crió entre cristianos; y nos pudiera dejar como a otros cristianos, perdidos, y no nos dejó; y nos dió gracia para que recibiésemos su gracia en el Santo Sacramento, y oír más de su parte: *el ego te absolvo*; yo te desato de tus pecados, y nos dió gracia que nos llegásemos a su mesa; grandes prendas tenemos de Jesucristo para creerlo.

Todo cristiano lo debe creer. Que no hemos de creer que es Jesucristo tan infiel, que nos dé beso de paz con su gracia y nos tenga armada zancadilla para después condenarnos. No lo hemos de creer de Él, pues que somos suyos, que Él nos ganó en la cruz. Porque quiso Dios salvarnos, y estaban en medio nuestros pecados, que impedían, vino Él a tierra; y pudo tanto su pasión, sin comparación más que nuestros pecados. Púsose en medio de los hombres y Dios; y quitó con su amor que donde más mal le hacían. allí estaba más hirviendo para salvarlos; y pagando Él, pudo más su paga para agradar a Dios y alcanzar perdón. que nuestros pecados para impedirlo. Y así, venciendo lo mayor a lo menor, quedó el amor para los hombres, quitados los pecados que impedían; y en pago de haberlos librado, dijo Dios: Yo se los doy a Jesucristo por suyos. Como si el rey dijese a su hijo: Porque habéis rogado por estos que estaban

condenados, yo os hago merced de ellos. Y así dijo Dios: Porque los ganasteis, yo os doy a fulano, y a fulana, y a fulana, y a fulana. Mas ¡qué bienaventurados fulanos éstos! Así lo dijo Él: *Tuyos eran y tú me los diste para que ninguno perezca.*

Tengámonos, luego, por esclavos de Jesucristo y sirvámosle como criados suyos; pues Él nos ganó. Que merced suya somos (*Is., 3*): *Ideo dispertiam ei et fortium dividet spolia, pro eo, etc.* Daréle muchos que serán despojo de fuertes, despojo de los demonios, cuyos eran, y en cuyo poder estábamos condenados al infierno.

Luego, a los que predestinó, llamó; y a los que llamó, limpió, y justificó; y a los que justificó, engrandeció. *Quid, ergo, dicemus ad haec?* ¿Qué diremos a estas cosas? Si Dios es de nuestra parte, si Dios es nuestra guarda, ¿quién será contra nosotros? Si Dios nos quiere salvar, ¿quién osará condenarnos? ¿Quién osará levantarse contra nosotros? ¿Qué diremos a estas cosas, sino que sea Él bendito para siempre jamás, y que cuando nos llamare que le respondamos, y recibamos su gracia, y nos esforcemos a seguirle hasta su gloria? *Ad quam nos perducat. Amén.*

LECCIONES SOBRE
LA PRIMERA CANÓNICA
DE SAN JUAN

CAPITULO 1.º

V. 1.

Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus, quod perspeximus...

El intento de escribir el Evangelio San Juan, fué declararnos la divinidad de Cristo por causa de los herejes que la negaban; y así quiso, como águila, mirar al sol de hito en hito. De la cual águila decía Job (39, 27): *Numquid ad praeceptum tuum elevabitur aquila, et in altissimis ponet nidum suum?* San Juan era esta águila, elevada sobre sí mismo. Y así ahora también comienza en esta Epístola por la Divinidad, diciendo: *Quod fuit ab initio...*

Harta alegría es para nosotros tener un amigo antiguo, el cual era *ab initio*. Dice Salomón (*Eccli.*, 9, 15): «Procura tener un amigo viejo, y confía de él cuando se añejare, como el vino.» La amistad, al principio del amor, comienza a hervir como el vino, y al mejor tiempo falta; pero cuando el amigo es viejo y dura, confía en él. Tenemos. pues, dice San Juan, a un Dios, el cual nos ama *ab initio*. Porque no nos puede amar Dios en principio de tiempo; porque si en el amor de Dios hubiese novedad, ya se mudaría. y no sería Dios. ¡Qué alegres nuevas decir que este amigo es *ab initio!*

(1) El año 1546, los Condes de Feria D. Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa y D.^a Ana Ponce de León, llevaron consigo al M. Avila a la villa de Zafra en Extremadura. Allí leía el Maestro cada día una de estas lecciones en el Monasterio de Santa Catalina. (Véase Fr. de Granada. *Vida*, P. 3.^a, c. 4, § 3.) Tomamos el texto de MONTAÑA, t. IV, pág. 499...

Y ¿qué tal es el amigo? Dice Aquel que es *Imagen de Dios invisible* (Colos., 1, 15), es Imagen sacada al natural, en la cual se sacó e imprimió toda la perfección del Padre (Jn., 9, 14): *Philippe, qui videt me, videt et Patrem*; porque no puede ser visto el Hijo, sin que se vea el Padre. Y así, quien ve la bondad, la paciencia y las demás virtudes y los milagros que Jesucristo hizo, ve al Padre. Porque los mismos que Jesucristo hizo, hiciera el Padre si encarnara; porque no son dos bondades, sino una; y así, lo mismo obrara.

Esta *Palabra* eterna se hizo temporal. Si hubiese predicadores que esto predicasen, no habría necesidad de predicar otra cosa. Por ventura, ¿no se encierran todas las cosas en Dios? Luego, predicar a Dios encarnado, sería predicar todas las cosas; porque, como decía San Francisco: «¡Oh Dios y todas las cosas: *Deus meus et omnia!*» Y Bartholomæus: *Theologia est nimis lata et nimis brevis*, porque en Dios todas las cosas criadas se incluyen. Y así decimos: *Mi Dios es agua, cielo, etc.*, y negáis: *Dios no es agua, no es tierra*. Pues ¿por qué *afirmamos* estas cosas de Dios? Porque no pudiera dar virtud y perfección a estas cosas, si no las tuviera en Sí. Y así, decir que *es agua* es decir que tiene la perfección del agua; porque, si el agua da refrigerio, cuánto más lo dará Él, el cual es *vena de aguas vivas*, según lo llamó el Profeta (Jer., 17, 13); y asimismo de las otras cosas y criaturas; de esta manera se verifican todos estos atributos.

Pero ¿cómo *negamos* todas estas cosas de Dios? Porque en esencia ninguna cosa es de éstas, sino en virtud y perfección. Y así dice David (Ps., 30, 4): *Petra mea et refugium meum*. Y donde nosotros decimos *Petra*, dice el griego *Fortitudo*. Luego, llamar David a su Dios *Piedra*, es decir que, lo que a las otras cosas es su fortaleza, a él lo es Dios. Pero porque no es cosa tan baja en esencia como piedra, por eso decimos no ser piedra, y negamos los demás atributos.

Mas ¿cómo dice Dionisio no ser bondad ni justicia, lo cual es cosa más dificultosa? Digo que dice esto, porque no hay acá especie, la cual claramente le pueda representar, antes digo, ser imposible, hasta que allí le veamos *cara a cara*. Aunque hubo herejes que dijeron que ni aun en el cielo le hemos de ver *rostro*

a rostro; pero yo más creo a San Juan, el cual dice (1 Jn., 3, 2) que *le veremos según es*. Luego, como no hay aquí especie para representar a Dios como Él es, de aquí viene que cuando oímos decir *bondad*, formamos especie de la bondad, pero no formamos noticia de Dios; de suerte, que afirmamos de Dios que es cosa como bondad, pero no formamos especie de Él.

¿Para qué es todo esto? Si me preguntáis qué cosa es Dios, diréis: *Una cosa que no podemos entender qué es*. Ni es tierra, ni es cielo, etc. Esta es aquella *obscuridad* donde entró Moisés a hablar a Dios (Ex., 20, 21) y se quedaron fuera los viejos. Porque, cuando una ánima ha venido a dejar todas las especies creadas, y queda en la obscuridad el entendimiento, y apagan las velas, entonces, si le preguntan qué es Dios, responderá: «No sé.» Entonces esta tal ánima está en lo fino de entender a Dios y hablar a Dios. ¿No murió Rachel cuando nació Benjamín? Nació Benjamín, que quiere decir *hijo de la mano derecha*, y murió Rachel, que quiere decir: *Videns Deum*, o *Videns principium*; porque, cuando muere en vos el entender a Dios, nacerá *el hijo de la mano derecha*, y el crecimiento de la mente delante de Dios, que es amarle con voluntad. Sabéis amar al que no sabéis entender. No lo puedo decir más claro, porque es cosa que se puede sentir y no decir. Quédese el paje con la hacha en la antesala, antes de donde está el rey, y entre allá el caballero; quédese vuestro entendimiento fuera, pues no puede entender, y entre la voluntad a amarle, pues le puede amar; y no rastreéis por cosas criadas, porque no lo podéis entender. Y así dice Ricardo que, donde no puede entrar el entendimiento a entender, puede entrar la voluntad a amar.

Pues luego, si esta *Palabra* encarnada se os predicase, y no por lengua de carne, sino de espíritu y gracia, más suficiente sería para mover vuestros corazones, que si os predicasen todas las cosas. Con ésta haríamos temer más que con el infierno; con ésta consolaríamos más que con el cielo. Ved aquí lo que Dios quiso que se predicase con el Evangelio, que se diesen estas nuevas alegres al mundo, que tanto nos amó que se transformó en uno de nosotros. ¿Por ventura visteis nunca amar tanto marido a mujer que, por amor de ella, se transformase e hiciese de hombre mujer? Pues ved aquí nuestro buen Dios

qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de coelo, et homo factus est.

Esto encarece San Juan en lo que se sigue: *Quod vidimus et perpeximus*, lo que vimos y miramos atentamente, como en espejo.

Y ¿cómo lo vieron? (*Lc.*, 10, 23): *Beati oculi qui vident quae vos videtis!* Decía el Padre: Mi Hijo os envió; allá sabedle mirar.

Et manus nostrae contrectaverunt de Verbo vitae. Verbo de vida, que nuestras propias manos palparon. No solamente es *Palabra de vida* en Sí, sino también por la cual los que viven, tienen vida, y los muertos la reciben, según dice el Señor (*Jn.*, 5, 25): *Ecce venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint vivent.* Y he ahí, que llega el tiempo. y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y quienes la oyeren, vivirán. Dádmelo vos que tenga orejas para oír esta palabra: que, aunque esté muerto de cualquier pecado, verdaderamente vivirá, porque más poderosa es su palabra para dar vida, que el pecado para dar muerte.

V. 2.

Quod vidimus, dice San Juan, con el cual conforma San Lucas, haber dicho Cristo a los Apóstoles (*Act.*, 1, 8): *Eritis mihi testes in omni Judaea et Samaria et usque ad ultimum terrae.* Me seréis testigos en toda la Judea, Samaria y hasta los confines de la tierra. Testigos dignos de fe. Si por dicho de solo Moisés, que dijo que le había visto (y hase de entender con ojos de ánima, porque con ojos de cuerpo no puede ser visto; y aunque San Agustín dice haber visto Moisés la esencia de Dios, que otros no lo admiten), y da testimonio, le creen todos los judíos. ¿cuánto más son dignos de fe doce testigos que afirman haberle visto y oído y tocado con sus manos?

Esta *Palabra de vida* estaba escondida en el seno del Padre; y ahora temporalmente, tomando carne humana, apareció entre nosotros. y anda por los templos, por los púlpitos. ¿Habéis oído decir a David (*Ps.*, 79, 4): *Domine, ostende nobis faciem tuam, et salvi erimus?* Señor. muéstranos tu rostro y seremos salvos. Como si dijera: Señor. tenéis la cara vuelta allá a los ángeles, y las espaldas a los hombres, como dijo

él a Moisés (*Ex.*, 33, 23): *Verás mis espaldas, porque mi cara no la podrás ver.* Pues Muéstranos ahora tu cara, Señor, que es esta Palabra encarnada.

Pero, para verlo bien, pide primero David: *Domine Deus virtutum, converte nos: ostende faciam tuam, et salvi erimus.* Señor Dios de las virtudes, conviértenos; muestra tu faz y seremos salvos. Porque ¿qué aprovecha mirarte Dios y volverse a ti, si Tú no te vuelves a él? ¿Dónde estarán luego los ojos, si las espaldas tienes vueltas a Dios? San Agustín dice: *Vae illis qui diligunt nutus tuos praeter te!* ¡Ay de quienes aman tus criaturas más que a ti! ¡Que hay hombres que tengan siempre los ojos puestos en la sombra, y no en la verdad! ¿Miras la sombra del sol, y no el sol? Alza los ojos y mira que, *si quod miraris est umbra, quanto magis erit illud cujus umbram miraris?* Si te admira la sombra, ¿cuánto más te debe admirar la realidad? Dice David (*Ps.*, 4, 3): *Filii hominum, usquequo gravi corde? Ut qui diligitis vanitatem, et quaeritis mendacium?* Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis ciegos de corazón? ¿Y por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? ¡Quién tuviera ahora el espíritu del que dijo esto para encarecer este mal tan grande!

Decía Amós (3): *Pon tus ojos en una mujer que la ama su marido, y ella pone los ojos en su enamorado: Sic filii Israel: ego amo illos, et ipsi diligunt vinaria uvarum.* Así que yo amo a los hijos de Israel, y ellos aman los toneles de vino. ¡Oh hijos de los hombres! ¿Por qué amáis los dineros, las honras, los deleites más que a Dios? Enviáos Dios la cosa para que os holguéis con ella, y vos dejáis a Dios por las cosas que os envía. Quejaos, Señor: ¿os sabréis quejar? Déjanme por granillos. Granillos son los ángeles, y granillos los querubines, y granillos todas las criaturas en comparación de Dios. Luego ¿por qué dejáis a Dios por ellas?

Atanasio de *Incarnatione* sobre aquel paso (*Ex.*, 32, 1): *Fac deos qui praecedant nos; nam hunc Moysen nescimus ubi sit.* Querían Dios visible—dice—. *Hazos dioses que nos guíen; porque a Moisés no le veían.* Así, los hombres aman los dineros, y la hacienda, y las otras cosas visibles, y de las invisibles no se les da nada. Y ¡qué engaño tan grande, que por lo visible dejan a Dios invisible!

Dice Dios: Pues por cosas visibles me dejan, y no

quieren sino Dios visible, Yo tomaré carne humana, y apareceré visible para que me amen, y «para que, conociendo visiblemente a Dios, sean arrebatados al amor de las cosas invisibles» (2).

Pues ya que un hombre ama tanto las cosas visibles, y no ama a Dios visible, ¿qué pena merece? San Pablo la pone diciendo (1 Cor., 16, 22): *Qui Dominum Jesum non diligit anathema sit*. Quien no ama a nuestro Señor Jesús, que sea anatema. ¡Qué terrible pena! Burlaos, si os atrevéis, de ella. Luego roguemos con Jeremías cada día (*Tren.*, 5, 21): *Converte nos, Domine, ad te, et convertemur*.

V. 3.

Quod vidimus et audivimus, annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis nobiscum, et societas nostra si cum Patre et cum Filio ejus Jesu Christo. Lo que hemos visto y oído, os anunciamos, para que estéis en sociedad con nosotros, como nosotros con el Padre y su Hijo Jesucristo.

Diréis: «Bienaventurados, hombres, pues para vosotros fué tanto bien y para nuestra compañía.» Si esto conocieran los hombres, ¡oh y cómo se tendrían! No tendrían en nada las miserias que padecen. Hermanos, compañeros somos de los Apóstoles y de todos los santos, cuantos han sido y fueron desde el principio del mundo.

Diréis: «Señor, no tengo quien bien me quiera.» Y mentís; porque hay una *compañía*, la cual llamamos Iglesia, en la cual todos los bienes son comunes. Tal es la virtud de la amistad de ellos, que, teniendo cada uno su bien, es común para todos; y, teniendo cada uno su merecimiento particular, es común para todos. ¿No decimos: *Pater noster, danos esto y esto?* Por eso decimos: *Padre nuestro*, porque para todos pedimos. El buen cristiano no pide cosa particular para sí, sino todas las cosas para todos. ¡Oh quién predica a los cristianos como a los indios que no han conocido a Dios! Y así os habrán de predicar. ¿Sabéis qué cosa es caridad? Dígalo San Pablo (*Efes.*, 4, 15): *Veritatem autem facientes in caritate, crescimus*. El verdadero crecimiento del ánimo es en la caridad. Ni

(2) Prefacio de Navidad.

por consolaciones espirituales, ni por revelaciones, ni por oración, ni por mucho padecer, habéis de pensar que crecéis, si no veis mejorar en vos el amor de Dios y del prójimo.

Esta *compañía* en la Escritura tiene diversos nombres, para denotar su grande excelencia, como a Dios nombramos por diversos nombres, para denotar su gran bondad y perfección. Llámase *ciudad* (Ps., 86, 1): *Fundamenta ejus in montibus sanctis* (Ps., 121, 3): *Jerusalem quae aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum: in concordia*. Sus fundamentos descansan en los montes santos. Jerusalén edificada como ciudad, y cuya participación es en paz; en concordia, porque han de concordar la genealogía y la verdad. Digamos en qué conviene la *ciudad* por la *Iglesia*. No se llama ciudad por las casas, sino por los ciudadanos. Así la Iglesia, no por las piedras, sino por los fieles. Tiene *fundamentos*, que son los Apóstoles, en *los montes santos*, que son los Profetas. Tiene muro de fortaleza (Is., 26, 1): *Urbs fortitudinis nostrae Sion: Salvator ponetur in ea murus et citemurale*. Es el *Salvador muro y barbacana*, por la gran perfección y amparo que guarda a los suyos.

Llámase *castrorum acies* (Cant., 6, 3). *Terribilis ut castrorum acies ordinata*. Ejército terrible, ejército bien ordenado. No es la gente de esta *compañía* tímida, sino gente de guerra. Tiene capitán, que es Jesucristo: *Judaea et Jerusalem, nolite timere: cras egrediemini, et Dominus erit vobiscum*. Judea y Jerusalén, no temáis: mañana saldréis, y con vosotros será el Señor.

Llámase *templo*, porque en cada uno de ellos mora el Señor, no solamente en el alma, mas también en el cuerpo. Del alma, San Pablo lo dice (1 Cor., 3, 17): *Templum sanctum Dei, quod estis vos*. Del cuerpo, el mismo San Pablo (1 Cor., 6, 19): *An nescitis quia corpora vestra templum sunt Spiritus Sancti?* ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo? Mera en el alma infundiendo virtudes; y vive en el cuerpo mortificando las pasiones, y usa Dios como quiere de aquel cuerpo, como tú de tu casa. Tienes muchas piezas para diversos usos, como sala para dormir, cocina para cocer. Y como en el templo de Salomón había lugar para ofrecer incienso, y lugar para sacrificar, así en el templo de cada uno mora Dios en el alma, infundiendo virtudes como incienso

y en el cuerpo, mortificando las pasiones, que son los animales que se le sacrifican. Y así como vos queréis casa limpia, así (Ps., 92, 5) *Domun tuam decet sanctitudo, Domine*, etc. ¡Oh Señor, tu casa reclama santidad!

Llamase también esta *compañía*, *cuerpo*, como dice San Pablo (1 Cor., 12, 27): *Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro*. La razón, porque así como pasa en un cuerpo, así también en esta *compañía*; y como no hay cuerpo sin cabeza, la cabeza de esta *compañía* es Cristo (Colos., 1, 18): *Ipsum dedit caput Ecclesiae*. Dióse a Sí mismo por cabeza de la Iglesia.

Otro nombre tiene esta *compañía* general, que comprende todos éstos, que es *Iglesia*, el cual quiere decir congregación; porque toda esta congregación recibe gracia por Jesucristo. Apuntamos arriba esta autoridad (Efes., 4, 15): *Veritatem autem facientes in caritate, crescamos in illo (prosequitur usque in finem; vide textum)*. Conforme a la cabeza, que es Cristo, dije que nunca *crece* la Iglesia sino *en caridad*, y que nadie, ni por profecías, ni por don de lenguas, ni por otra gracia ha de crecer. Como ninguno puede entrar a servir a Dios sino por Jesucristo, así nadie puede crecer más sino por Jesucristo.

Está *trabado* este cuerpo de la Iglesia como *con junturas* y nervios, según en la autoridad se dice: *Ex quo totum corpus compactum et connexum per omnem juncturam subministrationis...* Y así como por los nervios o junturas pasan los espíritus vitales y se reparten a los miembros, así también en este cuerpo místico. Y así como todo el cuerpo juntamente crece, según se sigue en la misma autoridad: *Augmentum corporis facit in aedificationem sui in caritate*. Dice *caritate*, porque mediante ésta, crece este *cuerpo místico* o *compañía*.

¡Cuántas veces habéis rezado el *Credo*, y llegando a aquel paso *Et Sanctorum communionem*, por ventura no lo habéis entendido! ¿Qué *comunión* es ésa? *Compañía*. Y ¿qué *compañía*? Como la del cuerpo; que el mal de un miembro es de todos. Y está un hombre tamañazo echado en la cama; y porque le duele un dedo o pie, dice que todo está malo. ¡Oh cuán pocos son los que tienen parte en esta *compañía*, que los males y bienes tienen comunes! ¡Qué linda gente! ¡Qué lindo reino! ¿Qué sería de ver una ciudad, en

la cual de esta manera viviesen los hombres, que cada uno, olvidado de su propio interés, buscarse las cosas que conviene para su prójimo, como se hace en el cielo, del cual dice David (Ps., 86, 7): *Sicut laetantium omnium habitatio est in te!* ¡Morada hay en ti como de cuantos se regocijan! A esto vino el Hijo de Dios del cielo, a trasplantar esta caridad del cielo a la tierra, y salió con ello. *Credo Sanctorum communionem.* De suerte que, cuando alguno pide, para todos pide; cuando está malo, a todos los de la *compañía* les duele la cabeza. ¿No habéis oído «compañía de pérdida y ganancia»? Pues ésta es. No sé si os he consolado o desconsolado.

Pero, diréisme: En esta *compañía*, ¿entra el que está en pecado mortal? Acaece alguno que estuvo mucho tiempo en gracia, caer en un pecado mortal, en el cual no sabe si está: ¿qué hará este tal? Este es de esta *compañía*. Lo que ha de hacer es rogar con David: *Domine Deus meus, illumina tenebras meas, nequando dicat inimicus meus: Praevalui adversus eum. (Id est, illo nesciente.)* Señor, Dios mío; alumbrá mis tinieblas, para que nunca diga mi enemigo: Prevaliendo he contra él (ignorándolo él). No se vaya alabando y diga: «¡Cómo le engañé sin que lo entendiese!» Por tanto, necesidad tenemos de oración, y nuestra vida es peligrosa sin ella; porque, como dice San Pablo: *Qui autem judicat me Deus est; id est.* Quien sabe el que yo soy, y me conoce a mí, Dios es.

Pero ¿cuál es el malaventurado y desdichado que se ve estar en pecado mortal, y come de la mesa de Dios, ve con los ojos que Dios le dió, y habla con la lengua que le dió, y pisa su tierra, y no sale del pecado mortal en que está, como un amancebado o que tiene hacienda ajena? Este tal no le llaméis hombre, sino bestia; este tal, ¿será de la *compañía* de la Iglesia?

Hubo un error antiguo de los donatistas, que, si los Prelados no tenían gracia, no valía nada lo que hacían; y de la misma manera decían los luteranos, que el Papa, si estaba en pecado mortal, no valía nada lo que hacía. Pero estuviera en gran manera incierta la Iglesia si hubiera de estar atada a saber si el ministro estaba en gracia, o no, para hacer lo que su oficio demandaba; y *cuanto a esto*, de esta *compañía* son todos los ministros que están en pecado mortal. Cuanto a si sean de esta *compañía*, textos hay que parece que dicen que sí, y textos hay que pare-

cen decir que no. Error fué también de Lutero, que todo aquel que no estaba en gracia, no era de la Iglesia. Pero, entendido como él lo entiende, miente. Porque el Señor dice: *Simile est regnum coelorum sagneae missae in mare*. Seinejante es el Reino de los cielos a una red arrojada al mar. Y no entiende allí por *Reino de los cielos* la gloria, sino la Iglesia; porque, como dice San Juan (Apoc., 21, 27): *En la ciudad del cielo ninguna cosa sucia ha de entrar*. Luego los malos parte son de la Iglesia.

Texto que parece que no, es aquello: *Credo sanctam Ecclesiam*: como los pecadores no sean santos, luego no parecen ser de la Iglesia.

Respondo concordando que, si tomamos Iglesia propiamente, *et pro famosiori significato, id est, pro Ecclesia viva, ut proprie accipitur*, significado por lo principal, esto es, por Iglesia *viva*, como propiamente se toma—como hombre se toma por hombre vivo, y no muerto—; en este sentido, los pecadores no son propiamente de la Iglesia; pero, si se toma impropriamente este nombre Iglesia, cuanto a algo, que es tener fe, son de la Iglesia. Santo Tomás (P. 3, q. 8), trata esta materia, y dice que el miembro seco tiene algo de vida, como en los paralíticos, aunque no tenga tal vida cual tuviera si estuviera entero. Tal es el pecador, el cual tiene algo de vida, porque tiene esta unción del Señor, que es creer, la cual no tienen los infieles; mas no tiene vida entera, porque más es lo que le falta, pues le falta la caridad, la cual es mayor que no la fe; y así, no totalmente ni propiamente es de la Iglesia, pero es en alguna manera cuanto a algo. Porque diferencia va del pecador al hereje, el cual más lejos está de esta *compañía* que no el pecador.

Pero ¿qué tales son éstos que son propiamente de la Iglesia? ¿Tienen solamente fe? *Sponsa dicit (Cant., 4, 1). Capilli tui sicut grex tonsarum, quae ascenderunt de lavacro, omnes gemellis foetibus, et sterilis non est in eis*. Son tus cabellos como hatajo de ovejas que suben del lavadero; todas de dos en dos dan a luz. sin que entre ellas haya estéril alguna. Todas dan a luz de dos en dos. Estériles son las ánimas de los cristianos pecadores, que tienen fe para obrar y no obran. Y qué es lo que la fe ha de obrar, San Pablo dice (Gal., 5, 6): *Fides quae per dilectionem operatur*. La fe que obra por amor. Estos son los *dos corderillos* o fruto de su vientre de los buenos. *Paratum cor*

meum, Deus, paratum cor meum. Aparejado para amar a Dios, y aparejado para amar al prójimo. Estas son las dos vestiduras que decía Salomón que tenían todos los de esta compañía (*Prov.*, 31, 21): *Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus.* Todos sus servidores vestidos llevan dobles. *Doblada vestidura*, es doblado amor; de Dios y del prójimo. Estas son las obras de la fe. Y aun dice San Ambrosio: *Opus fidei est dilectio.* Si la obra de la fe es amor, ¿cómo no amara el pecador, si no tuviese la fe cautiva? Hay hombres que tienen la fe *presa y cautiva*, que no la dejan obrar; de los cuales dice San Pablo (*Rom.*, 1, 18) que *veritatem Dei in injustitia detinent.* Porque el que cree que por un pecado mortal merece perpetuo infierno, si no tuviera *atada* la fe, antes muriera que pecara.

Esta es la maldición con la cual es maldita la mujer estéril. —Pues ¿por qué maldecís [Señor] a la mujer, si vos no le dais el fruto de su vientre, pues no puede concebir? —No maldigo a la mujer estéril—dirá Dios—sino al ánima estéril de la esterilidad que tenemos dicha, ¿Qué pena merece este tal? La propia pena que merece, es ser apartada de Dios, y que no influya Dios, como cabeza, en su ánima gracia ni virtudes. ¿Y qué tan gran pena es apartarse de Dios? *Augustinus: Nihil magis timendum est homini christiano quam separari a corpore Christi.* Nada más tremendo al cristiano, que separarse del cuerpo de Cristo. Porque, así como al miembro cortado no comunica la cabeza su virtud, así ni tampoco Dios al que está apartado de Él; mas al que está junto con Él con amistad, sí.

Y para esto da Dios una señal en el ánima, por la cual se conoce si son de esta *congregación* o no; o si estáis en su amistad o en pecado. Porque, así como el Bautismo y el Sacramento de la Orden imprimen carácter en el ánima, así la amistad de Dios imprime una forma que es su gracia, la cual es certísima señal de su amistad; porque acá de fuera no la hay ninguna así cierta (*Lc.*, 17, 20). *Regnum Dei (ait Dominus) non veniet cum observatione, nec dicent: Ecce illic, aut ecce hic: sed regnum Dei intra vos est.* No en señales exteriores, como pensaban los fariseos, sino en el corazón. No en esta obra o en aquella, no en mucho rezar ni en mucho comulgar, ni por dar limosnas, se sigue de cierto que está un hombre en

Dios, sino porque tiene su gracia, la cual le hace tener limpio su corazón. Porque todas estas otras son señales exteriores. Menester es señal adentro; que el Reino de Dios *al tesoro escondido* lo compara el Señor (*Mt.*, 13, 44), y muchos piensan que están en gracia, y no lo están; y también al contrario, algunos piensan que no lo están, y estánlo.

—Padre, que soy bautizado, y creo la fe de Jesucristo, y me confieso, y no quiero mal a nadie; luego, ¿por qué no estoy en gracia?

Concluyamos, que las señales exteriores no son suficientes señales para que con ellas conozcamos quién está en gracia o no; porque todas estas cosas que hace un hombre con gracia, las puede otro hacer sin ella. Pero la señal de dentro, que es la misma gracia, cuyos efectos son templanza y simplicidad interior, y amor de prójimos, y humildad, no la puede imitar quien no está en gracia. Y así, si el corazón no agrada a Dios, ¿qué aprovecha quererlo agradar con obras?

—¿En qué veré si mi corazón agrada a Dios?

—*Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus.* Quien no tiene el espíritu de Cristo, no es de Cristo. La razón, porque así como esta *compañía* es un cuerpo, así tiene un espíritu y una vida, y así ha de tener un ánima que les dé vida; porque de otra manera diríamos ser monstruo, si dijésemos que la cabeza es de hombre y los miembros de animales. Pues en la Iglesia la cabeza es Cristo, diríamos ser monstrua, si se sufriese los miembros tener otro espíritu sino el de Cristo. De donde es que todos los justos que hubo desde el principio del mundo hasta el fin, tuvieron y tenían este mismo espíritu. Este espíritu se reparte por todos los miembros, y este cuerpo no tiene otra vida sino ésta; y quien este espíritu no tiene, no es miembro de este cuerpo.

¿Queréis verdaderamente una muestra de esta unidad de espíritu que tiene esta Iglesia? En viéndose dos [católicos], aunque sea uno de Indias y otro de Alemania, se conciertan y se hablan y se aman como si siempre se hubiesen tratado; y es la causa, porque tienen un mismo espíritu. Y por el contrario, aunque sea tu hermano, si estás diferente con él, aun no le puedes hablar ni mirar a los ojos, por falta de la unidad de este espíritu. El que tiene este espíritu de Dios, todo su bien y deseo es hablar de Dios; pero

el malo, el mayor tormento que le podéis dar, es hablarle de Dios. Los de una tierra, en viéndose, se hablan; así también los buenos, pero los malos, no.

«¿En qué veré, Señor, si tengo este espíritu?»—Duelos tiene el enfermo cuando dice: *Señor, tomadme el pulso, y ved si tengo calentura*. Señal es de ruin disposición; que el sano no pregunta eso. Dado caso que hay muchos escrupulosos, pero otros muchos hay que no quieren mudar sus condiciones, y andan desasosegados, preguntando: Si tengo suficiente contrición de mis pecados, si me basta esto. Y estos tales más pecan por malicia que por ignorancia. Llamad de verdad a Dios, que Él os responderá; que más consolación recibiréis con la seguridad de estar bien con Dios, que en las consolaciones del mundo.

—Padre, ¿qué es *espíritu de Cristo*, para que conozca si lo tengo o no? —Mira si tienes la condición de Cristo. Y ¿cuál fué la condición de Cristo? Para con el Padre, gran obediencia y reverencia; y para con los prójimos, grandísimo amor. Del Padre Él dijo (*Jn.*, 5, 30): *Non possum a me ipso facere quidquam*. De la obediencia, ¿qué mayor obediencia puede ser que estando en aquella agonía, la más dolorosa que se vió, sudando sangre de la representación de los dolores, dijese (*Mt.*, 26, 39): *Non sicut ego volo, sed sicut tu*. No como yo quiero, sino como Tú. Obediente al Padre y amador de los prójimos, muriendo y padeciendo por ellos, y diciendo: «Váyales bien a ellos, y cuésete a Mí la vida y mi sangre.» Mira luego si tienes esta condición, porque cristiano quiere decir hombre que sigue el rastro y pisadas de Cristo. Y ¿qué mayor reverencia también para el Padre que decir (*Jn.*, 8, 49): *Non ego quaero gloriam meam, sed honorifico Patrem meum?* Mira luego si tienes esta condición, así en reverenciar al Padre como en amar a los prójimos, que dicho tiene (*Jn.*, 13, 35): *In hoc cognoscent homines quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*. En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos; si os amáis unos a otros.

—¿Qué haré, Padre, para tener este espíritu? —Demandadlo a Aquel que lo puede dar, que así te lo mostró por San Lucas (11, 13): *Si vos quum sitis mali*, etc. ¿Qué más bien quiere un hombre que, teniendo este espíritu de Cristo, viva en Cristo y tenga así el rostro de Cristo?

—Pues veamos; creciendo el cuerpo crecen también

juntamente los miembros todos. ¿Si será así en la Iglesia que, creciendo uno, crezcamos todos? Ciertamente el doctor dijo que no; pero yo más creo a la Iglesia que dice: *Credo communionem sanctorum*. Si a uno va bien, a todos va bien; si crece uno cada día más en el servicio de Dios, hoy más que mañana, luego, haciendo cada día oración por todos, más acepta será su oración hoy que ayer, siendo de mayor amigo de Dios hecha. Luego, rezando por todos, más eficaz será la oración que hace hoy por todos; y así aprovecha más a todos, y les cabrá más parte a cada uno de la oración que este tal hace. De esta manera, creciendo cada uno, todos crecen; y, aprovechando uno todos aprovechan. También, creciendo uno, crecemos por la hermandad que todos tenemos, de la cual se sigue alegrarnos todos del bien de uno: como, cuando un hombre viene de las Indias, todos sus hermanos se alegran del bien de éste. Y así dice San Pablo (1 Cor., 12, 26): *Si gaudet unum membrum, cetera congaudent*. Si un miembro goza, gozan los demás. Luego, la gente de esta Iglesia es gente que se favorece, y hace uno mucho por otro.

No solamente dice San Juan: *Ut societas vestra sit cum Deo Patre*, que vuestra sociedad sea con Dios Padre, pero también: *Cum Filio suo*. Parece que espanta oír decir que un hombrecillo tenga *compañía* con el Padre y con el Hijo. ¿En qué consiste esta *compañía*? En bondad, y descanso, y gloria. En bondad hemos de ser compañeros para que lo seamos en gloria. Y aun dijo Dios (Gen., 1, 26): *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. ¿De qué manera? Que así como hay en Dios entendimiento y voluntad, y otro tercero que sale de aquí, que es bondad, así en el ánimo hay entendimiento, que representa al Padre, noticia que representa al Hijo, y memoria, que representa al Espíritu Santo. Y así como una potencia no puede ser apartada de las otras, así de la Trinidad las Personas. Pero esta *compañía* o similitud no es totalmente semejante, porque ésta tiene el que está en el infierno; luego, no por las potencias, sino por los actos de ellas es esta semejanza. Porque sobre la semejanza natural ya dicha, que representa a Dios, tiene el diablo en el pecador puesta otra de malas costumbres, la cual estraga el valor de la otra. Esta imagen de los actos u obras perfecciona la otra, que es la de las *potencias*; y ésta es la

de que habla aquí San Juan, diciendo: *Ut societas vestra, etc.*

—Pero ¿cómo podré imitar al Padre? —Dice San Pablo: *Spoliantes vos veterem hominem, induimini eum qui renovatur de die in diem ejus qui creavit eum.* Despojándoos del hombre viejo, vestíos al que se renueva de día en día, de Aquel que le crió. *Hombre viejo* es hombre flaco, y que está ya para acabarse. Así el pecado está cerca de ser castigado *in judicio; quod prope interitum est, et antiquatum senescit* (Hebr., 8, 13). En el juicio; próximo a la muerte, y anticuado, envejece. La bondad es fuerte. —También se llama el pecado *viejo*, porque la maldad más vieja es en nosotros que la bondad; pues en pecados fuimos concebidos, y en el vientre fuimos hechos hijos de ira. Luego renovado *de die in diem*; porque no juntamente luego perviene hasta la imagen del que lo crió, sino creciendo de virtud en virtud cada día un poco *secundum imaginem ejus qui creavit illum.* Y esto se llama estar en gracia.

Algunos dijeron que el estar en gracia era ser acepto a Dios, y no que se infunde hábito de gracias sin virtudes; pero el Concilio Tridentino dice: *Quicumque dixerit quod in justificatione impij non infundatur gratia et caritas et ceterae virtutes, anathema sit.* Si alguno dijere que en la justificación del impío no se le infunde la gracia, la caridad y demás virtudes, sea anatema. No hay pintor que así pinte una imagen, como Dios una ánima. Pónele primero una ropa, la más preciosa que se puede imaginar, en tanto que le dice el Esposo a ella (Cant., 6, 12): *Revertere, revertere, Sunamitis; revertere, revertere ut intueamur te.* Y en esta otra parte (Cant., 4, 7): *Pulcra es, amica mea; et macula non est in te.* Dicen los teólogos que es como si un esposo diese a su esposa una vestidura, y le dijese: «Mientras guardáredes esta vestidura, yo os amaré.» Y así dice Dios. Y por eso, de los que conocen el valor de la gracia, dice Salomón que dicen (Sap., 7, 9): *Neque comparavi illi omnem lapidem pretiosum; quoniam omne aurum in comparatione illius arena est exigua.* Así que no comparé con él las piedras preciosas; porque comparado a él el oro, resulta simple arenilla. Y esta gracia no es hábito que inclina a obrar, sino sirve para hermostear el ánima y hacerla agradable a Dios. Por eso de ella nacen otros hábitos de virtudes, los cuales in-

clinan el ánimo a obrar. Y no es ésta pequeña dádiva de Dios, pues que ni rey, ni Papa, ni otra persona alguna la puede dar, ni puede dar virtudes a un hombre para que sea bueno, dado caso que pueda dar vestiduras con que pueda hermoarse el cuerpo. Y así, la gracia, de sólo Dios se ha de alcanzar; porque como no pueden navegar al cielo con viento de tierra, así, ni con condiciones ni obras de tierra puede el hombre agradar a Dios; y así, es necesaria la gracia, para que le agrade.

Donde veréis el error de muchos que dicen: «En mi mano está ser bueno.» No es negocio de tierra, sino del cielo; y así, el Concilio Tridentino juzga por anatema a cualquiera que dijere que el pecador, después que haya caído en el pecado, pueda levantarse sin ayuda y gracia del Señor.

Lo segundo, yerran otros que luego desmayan porque les dicen esto. Y porque sepáis la verdad, mirad que no se deleita Dios sobre hijos inútiles, ni le aplacen, como dice la Escritura, como ni tú en tener un hijo bellaco, borracho. Luego hemos de ser imitadores, como dice San Pablo, de Jesucristo. Imita luego a Jesucristo y sus costumbres, y serás su hijo; porque como por esencia no puedes ser hijo, resta que lo seas por imitación. Luego, si has de ser por imitación hijo, no bastan tus fuerzas, sino de Dios han de venir.

—Padre, pues, ¿cómo lo seré? ¿No me dará gracia para serlo? —¿Queréis que os lo jure? Sí dará; y pedidle gracia, que Él os dará. Pero pensáis que, por reñir a ratos con vosotros mismos, y por lloraros, y por veros tan llenos de cuidados, que ya el que más se llena de cuidados, se tiene por más honrado. Para cosas de tierra, grandes cuidados; pero para el cielo, ningunos. ¿Cómo podéis con el menor de los cuidados cumplir el mayor de los negocios? Desembaraos y pedid, que escrito está (*Mt.*, 26, 41): *Vigilate et orate*. ¡Proseguid, importunad!

De esta gracia nace la caridad y las virtudes morales; y es tan hermosa el ánimo que, si se viese, de sí misma se enamoraría; y son tales las virtudes que de ella nacen, que dice Santo Tomás: *Quod non sunt res creatae sed increatae*. Y creed que del amor de Dios nacen estas cosas, y así viene de día en día un ánimo a perfeccionarse tanto, que llega a ser imagen de Aquel que la creó. Los que os holgáis de ver

imágenes de Flandes, holgaos más en ver imágenes de Dios; porque, como dice San Pablo: *Ibi non est Scythia nec barbarus, sed omnia in omnibus Christus*. No hay allí escita, ni bárbaro, sino que Cristo es todo en todos. Jesucristo es hermosura de esta imagen, y así no es visaje de tierra, ni gracia de tierra, sino de cielo, lo que se encierra en Cristo. Y esto es lo que dice aquí San Juan: *Ut societas nostra sit cum Deo Patre et Christo*. Como en sí es Él bondad, misericordia y paz, así es en nosotros estas virtudes.

V. 4.

Tenemos también *compañía* con Dios en el gozar y en el descanso; y con razón, porque razón es que quien es semejante a Dios en costumbres, sea también en la gloria, según dice el Evangelio (*Mt.*, 25, 21): *Euge serve bone; intra in gaudium Domini tui*. Entra tú a gozarte con el mismo que es tu Señor; a comer sus mismos manjares (*Lc.*, 22, 29): *Ego dispono vobis...* No debajo de la mesa, sino a una mesa misma estemos Dios y nosotros: y que diga el bueno: «Acá no quiero comer del manjar del pecado, porque estoy convidado a la mesa de Dios: y entretanto bástame esta esperanza de decir: Convidado estoy, para nunca pecar.»

—Pero ¿cómo será esto? —Dios es bienaventurado por amarse y conocerse; así tú no serás bienaventurado por amar ni ver a serafín, o ángel, o criatura alguna, sino a Dios; de suerte que se haga un engrudo indisoluble cuando vieres a Dios, para no deshacer aquel abrazo: *Ut societas nostra sit cum Christo*. Cuanto a la humanidad, según dice San Pablo (*Rom.*, 8, 29): *Conformes fieri imagini Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus*. Que nos conformemos a la imagen de su Hijo, y sea el primogénito de todos los hermanos.

—Pero ¿cómo seré semejante a Cristo? —Si hemos de ser semejantes a la Divinidad, también seremos semejantes al ánima de Cristo, porque ella fué la más semejante a la Divinidad. Lo segundo, porque si la Divinidad no padeció, y no podemos ser semejantes a la Divinidad en el padecer trabajos, lo seamos a la Humanidad de Cristo que los padeció. Pero hay muchos que quieren ser semejantes a la Divinidad

en el gozar, y no a la Humanidad en el padecer. Pero quien quisiere ser semejante en el gozar, menester es que lo sea en el padecer. Si quieres ser semejante a la Divinidad, toma la cruz: y la razón; porque el ánima de Cristo no es bienaventurada en sí, sino en el Verbo; pues lo mismo las nuestras. Y de aquí es que dice la Esposa en los Cantares (*Cant.*, 8, 1): *Quis det fratrem meum sugentem ubera matris meae*. Quien me diera a mi hermano amamantado a los pechos de mi madre. Luego, si fuéramos semejantes en obras a Cristo, serémoslo también en la gloria; porque la misma gloria tendremos, aunque Él mayor. *Haec vobis dico ut gaudium vestrum plenum sit*. ¿Quieres tener gozo lleno? Gózate en cosas espirituales, y ten este gozo por tuyo; porque el gozo de las cosas corporales no será lleno, porque es menor la cosa que gozas, que tú que la gozas; pero el gozo de las cosas espirituales es mayor que tú, y por tanto, puede henchir tus senos.

V. 5.

Haec est annuntiatio quam audivimus ab eo et annuntiamus vobis, quoniam Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ullae. Esta es la noticia que hemos oído de Él mismo, y os lo anunciamos; que Dios es Luz y en Él no hay tinieblas. —Para andar en *compañía* con Dios no hemos de andar en tinieblas, porque Dios es luz clara. Luz unas veces se distingue contra error: otras, con opinión o dubitación; así, la esencia de Dios no tiene dudas, ni errores, ni opiniones, sino una verdad tan clara que, cuando nos veamos en el otro mundo, nos reprenderemos, diciendo: ¿Por qué no anduvimos en sus caminos, y no me contenté con los juicios de Dios? Que ahora cada cual reprende a Dios, y dice: ¿Por qué se hace esto, y no lo otro? Como la lumbre tiene calor y limpieza, así Dios tiene amor y limpieza; y esto no es accidente en Él, como en nosotros, sino substancia; que no puede dejar de ser estas cosas. ¿Qué sería ver un ángel que fuese todo amor? ¿Pues cuánto más será ver un Dios infinito todo amor, y que sea infinito amor? ¡Bendito sea tal Dios! Amén.

Et tenebrae in eo non sunt ullae.—Los sabios tienen tinieblas privativas y positivas; y los ángeles

tienen tinieblas o ignorancia privativa, aunque no positiva—la cual no es culpable—; porque algo revela Dios a un ángel, que no revela a otro; donde dice Santo Tomás, *quod multi angeli habebant mysteriorum gratiam*. Que muchos ángeles tenían la gracia de los misterios.

Pero diréisme: Las tinieblas en el entendimiento están, y no en la voluntad, porque las tinieblas privación son de la luz, y la luz en el entendimiento se pone: luego ¿por qué al que no tiene amor, le llamáis estar en tinieblas, si tiene conocimiento en el entendimiento? —Digo que se dice *estar en tinieblas* el que está sin amor, porque llámase *estar en tinieblas*, y no tener lumbre, al que no tiene los efectos de la luz, como son calor, claridad y demás; y así se llama estar en tinieblas al que no tiene amor.

Haec est annuntiatio quam audivimus ab eo, quia ipse est lux, et tenebrae in eo non sunt ullae.—*Metaphorice* se dice que Dios es luz, como que es manjar o león, porque, mediante la luz corporal, se manifiestan las cosas. San Pablo añadió: *Omne quod manifestat lumen est*. (No se ha de leer *omne quod manifestatur*, como está en el texto.) Porque, mediante el conocimiento que de Dios viene, se conocen todas las cosas, lo que valen, y las que le agradan y desagradan. Y así se dice Dios «luz nuestra». Y en Sí mismo es luz, porque, mediante Sí mismo, ve y conoce perfectísimamente todas las cosas que se pueden conocer.

—¿Por qué se dice por propio de Dios que es luz? —Porque *en Él no hay tiniebla ninguna*, como en los hombres, a los cuales el pecado los puso en tinieblas. Y aunque en los ángeles no hay estas tinieblas, haylas de ignorancia; que el ángel más alto algo ignora, que se puede saber. Y también, así los hombres como los ángeles, no tienen lumbre por su esencia, como Dios, si no es comunicada de Dios; y así, más propiamente se diría Dios luz en ellos, que no ser ellos luz.

Dos maneras hay de luz en nosotros. Una es natural, que manifiesta los males y bienes de la ley natural; y otra sobrenatural, que manifiesta en particular la voluntad de Dios; y esta es la gracia, que sin ella, en ninguna manera puede saber uno qué quiere Dios que crea ni haga en particular; conviene a saber, cómo ha de usar de la vida, de la hacienda,

de la honra; lo cual enseña la gracia y espíritu de Dios (*Jn.*, 6, 45): *Et erunt omnes docibiles Dei*. Enseñará Dios a todos.

V. 6.

Si dixerimus quoniam societatem habemus, etc.—Por una de dos maneras se puede decir uno estar en tinieblas para que le impidan de no tener *compañía* con Dios: o por tener en el entendimiento algún error con la fe, o carecer de la fe, o por tener en la voluntad algún pecado. Y aunque sepa que lo tal es pecado, dicese tiniebla, porque aquel conocimiento del pecador es conocimiento muerto, así como el conocimiento y fe que de Dios tiene, no merece nombre de fe o conocimiento *simpliciter*, en absoluto, sino fe muerta.

V. 7.

Et sanguis Domini nostri Jesu Christi.—San Juan sólo usa de este vocablo, *lavar*, por el perdonar, lo que la Escritura llama justificar y redimir. Allí *peccata* tórnase por todo pecado, así mortal como venial, del cual nos lava la Sangre de Cristo nuestro Señor. Porque aunque algunos digan que el venial no se ha de llamar *simpliciter* pecado (3), de la Escritura se colige que se llama así; como aparece en la oración del *Pater noster*, que es oración de hijos, en los cuales no hay sino pecados veniales, y dice en ella *nuestras deudas* (*Mt.*, 6, 12), lo que otro Evangelista (*Lc.*, 11, 4) le llama *pecados*. La Santísima Trinidad nos lava *autoritativamente*; la sangre de nuestro Señor Jesucristo, *meritoriamente*; la gracia, *formalmente*; y ninguna otra cosa nos puede lavar nuestros pecados y manchas *meritoriamente*, sino la sangre de Jesucristo, la cual, de justicia, nos lava. Poco aprovecharán limosnas, ni lágrimas, ni ayunos, ni otra sangre, si esta de Jesucristo no interviene. *Si te lavares con salitre y hierba mora*, con que blanquean en los batanes los paños, *poco te aprovechará*, dice Dios (*Jer.*, 2, 22). Está profetizado por Zacarías (13, 1), que

(3) Véase Tratado 17 del Santísimo Sacramento, número 2.

habían de venir tiempos donde estuviese *una fuente para la manchada y el pecador*, que son el pecado original, el cual se hereda con la mancha, y también el actual. Esta fuente es la sangre de Jesucristo, abierta a todos, que a ninguno desecha.

No procuró David limpiarse del adulterio y homicidio con los sacrificios de la Ley; en esta fuente pide ser lavado, diciendo (*Ps.*, 50, 9): *Asperges me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me*, etc. Me rociarás, Señor, con el hisopo, y seré limpio: me lavarás y quedaré más blanco que la nieve. El hisopo era el culantrillo puesto en un palo de cedro, y atado con una hebra de grana; el cual mojaban en sangre y agua para rociar al leproso, y quedaba luego limpio. El culantrillo, ¿cuál es esta hierba? Es la carne de Jesucristo (*Is.*, 40, 6): *Quia omnis caro fenum*: Está en la Cruz atada con amor: y mojada en Sangre suya; lava con ella los que se rocían estando leprosos por el pecado, el cual remedio pedía David.

V. 8.

Si dixerimus quoniam peccatum, etc.—Añadió esto, porque el aparejo que Dios quiere en nosotros para lavar nuestros pecados, es conocimiento de ellos; mas si éste falta, mentimos, y no nos lavará Dios. Hubo algunos que dijeron que venía el hombre a estado que no podía ya pecar, y erraron. No ha habido puro humano, excepto nuestra Señora, en quien no haya habido pecado, como parece por este lugar, y por lo que dice Salomón (3 *Reg.*, 8. 46) en la oración que hizo a Dios después de hecho el Templo, y otros lugares. Otros hubo que dijeron, como Lutero, que en todo pecamos, y aun en el mismo amor de Dios, porque no es de todo corazón, como se manda, lo cual no puede ser en esta vida, por el *jomes peccati*; los cuales también erraron; porque por las mismas palabras que Dios demanda el amor, dice David que lo confesará (*Ps.*, 9, 2): *Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo*; lo cual cumplía como decía. Tiene Dios su tasa de amor, y hasta qué tanto obliga el amor so pena de pecado mortal, y hasta donde a pecado venial; y queda algo sin obligación de ningún pecado; y así hay muchos que en algunas obras ningún pecado hacen. La obligación del amor de Dios

sin distraimiento, como lo tienen los bienaventurados, nace de parte de la grandeza y beneficios de Dios; mas templóse esta obligación por la fragilidad e impotencia humana, y quedó tasada por la sabiduría divina.

V. 9.

Si confiteamur peccata nostra, etc.—Si conociésemos que somos pecadores; que éste es el aparejo que Dios quiere, el cual mandó a Jeremías dar voces a su pueblo para que se volviesen a él, que él les perdonaría, porque es santo. Porque la santidad verdadera no desprecia a los pecadores que se conocen, como hace la fingida. Y así ha de hacer el confesor, como hizo Judas con su nuera Tamar, cuando la quería quemar por estar encinta (*Gen.*, 38, 26): *Justior me est*. Excusóla conociéndose por culpado. Aquí el *confesar* no se toma solamente por la confesión sacramental, mas entiéndese de la detestación y arrepentimiento que se ha de tener del pecado, sin lo cual no perdona Dios la culpa. Mas esta confesión no ha de ser fingida, con sola la boca o golpe de pechos, diciendo: «Pequé», sino con el corazón quebrantado; porque lo demás es confesión mentirosa; pues se muestra otra cosa de fuera, así con la palabra como con la obra, de lo que tiene el corazón. De lo cual se queja Dios por Jeremías, diciendo que Israel se convertirá a él en mentira y no de corazón. Pues Dios espíritu es, y tales quiere los adoradores que le adoren y se lleguen a él en espíritu y verdad.

No hay por qué poner en cuestión si es menester, juntamente con el arrepentimiento, propósito de apartarse del pecado; porque donde Dios manda el arrepentimiento, manda convertirse a él, que es propósito de dejar el pecado y seguirlo a él; ni puede estar el arrepentimiento, *propter Deum summe dilectum*, considerando a Dios amado sobre todo, sin proponer de dejar el pecado.

Hará alguno dificultad si el pecado que cometió, aunque Dios se lo perdone si le dará vergüenza cuando se publique el día del Juicio. Escrupulo es de persona imperfecta en la fe; que antes le será materia de alegría o regocijo, viendo cómo sus pecados están muertos, sin fuerza contra él, por la virtud divina; como hicieron los hebreos cuando vieron a los gita-

nos ahogados a la orilla del mar bermejo; los cuales alegres alababan a Dios, y decían (*Ex.*, 15, 1): *Cantemus Domino*. Cómo haya Dios de quitar esta vergüenza, creed vos que Él sabrá cómo, y que querrá, porque así lo tiene prometido por Isaías, y basta (*Deut.*, 32, 2): *Fidelis est et justus*. Dice que es *fiel* para nos perdonar, porque lo tiene así prometido; y siendo *fiel*, no puede faltar en su palabra; que ésta es la que hizo a los santos, a unos perder las vidas, y a otros las haciendas y compañía de sus padres y parientes, y a otros a sus propios deseos y deleites. Quien no está confiado de Dios acerca de la palabra que Dios le tiene dada, falto está en la fe; y así lo está *el solícito de qué comerá, qué beberá* (*Lc.*, 12, 22), que hará en esto, cómo saldrá con estotro; pues en todo tiene Dios prometido al justo buen suceso (*Is.*, 3, 10): *Dicite justo quia bene*. Que todo se hará bien. Y también está falto el dudoso: «¿Cómo me juzgará Dios? ¿Si me condenará o me dará por libre? ¿Cómo se habrá conmigo en el otro mundo?» Porque de aquella manera se habrá allá como se ha acá su palabra con vos. Si su palabra acá os absuelve, tened por cierto que allá también os absolverá; y si aquí una palabra suya os condena, no esperéis que os deje de condenar Él allá. Por eso, condenándoos acá alguna palabra suya, no digáis: «Dios es misericordioso»; porque así os dé el cielo, que, haciéndolo misericordioso, lo hacéis mentiroso; pues tiene prometido al que mal viviere el infierno. Ved vos cómo os habéis con su palabra, que de esa manera os habéis con Él. Por eso engañáisos si decís que le amáis y no amáis sus mandamientos; que si con algunos de éstos estáis mal, no estáis bien con Dios, que es simplicísimo y justo; y tal tiene el corazón cual la palabra. Parece que no hace a propósito de perdonar ser justo, antes de castigar. Si dijera por qué es misericordioso, muy a propósito hace, como más abajo lo declara el mismo San Juan en el segundo capítulo.

CAPITULO 2.º

V. 1, 2.

Filioli mei, haec scribo vobis, etc., advocatum habemus apud Patrem Jesum Christu justum, et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.

En esto se asegura mucho el perdón de nuestros pecados y nuestra amistad y compañía con Dios y la entrada en el cielo. Porque la *justicia* con que hemos de parecer ante él, no es nuestra, sino de Jesucristo su Hijo, cuyo valor es infinito, para que por igualdad quede Dios [pagado] de nuestras ofensas; y de este modo no nos quede miedo ninguno de la entrada en el cielo. Y así concurren en nuestra redención, misericordia y justicia: *misericordia*, en darnos Dios su Hijo para que *se hiciese justicia nuestra* (1 Cor., 1, 30), y sacrificio por nuestros pecados, santidad nuestra; y *justicia*, en perdonarnos los pecados por aquel sacrificio, y agradarse de nosotros por aquella justicia y santidad. Y por eso dice David (Ps., 24, 10) que *todos los caminos del Señor son misericordia, y verdad y justicia*. Primero la misericordia, porque de ella nació la justicia; porque si en sola la misericordia estribara nuestra redención, ni Dios quedara bastantemente pagado de la ofensa, ni el hombre pareciera estar bien confiado ni seguro en su justificación. Mas ahora bastantísimamente quedó Dios pagado, y de sobra, porque se castigó el pecado más aún de lo que merecía (si un infinito es mayor que otro), y el hombre, como a cosa que tiene derecho, está confiadísimo del premio que a la justicia se debe, porque Dios la ha hecho suya como si del propio hombre fuera.

V. 3.

Et in hoc scimus quoniam cognoscimus eum.—Había dicho arriba San Juan que *Dios es luz*, y que el que

no anda en luz, no tiene compañía con Él. Explica ahora qué cosa sea andar en luz, o conocerla por conocimiento vivo y que mueve a obrar. Y dice que *en esto conoceremos o sabremos*; que es manera de hablar de la Escritura, al conocimiento cierto llamarle saber, aunque no sea evidencia que conocemos a Dios.

V. 4.

Estamos en su luz, si guardamos sus mandamientos; porque *qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est*. Quien dice conocer a Dios, y no guarda sus mandamientos, mentiroso es. No se engañe ninguno, por bueno que parezca, y por constante que esté en algunas cosas de virtud o devoción; si no cumple los mandamientos de Dios, en uno sólo que falte, miente si dijere que conoce a Dios de este conocimiento que San Juan habla.

V. 5.

Qui autem servat verbum ejus.—Porque algunos podrían cumplir el *cuerpo* de los mandamientos, sin tener *el alma* de ellos, que es la caridad, o amor de Dios y del prójimo; lo cual todo no aprovecha, *quia caro non prodest quidquam* (Jn., 6, 64); dice San Juan de qué manera ha de ser este cumplimiento de los mandamientos de Dios para que se diga *conocer a Dios*. Y es, estando en caridad perfecta; porque poco aprovecharía tener la fe de Dios sin conocer dioses ajenos, y no jurar en vano, y santificar las fiestas, y honrar a sus padres, y todo lo demás, y no codiciar mujeres ni cosas ajenas, si falta la caridad. Aprovecharán las tales obras de la Ley para evitar los pecados que de quebrantarlos se habían de seguir, mas ninguna de aquéllas es agradable delante de Dios. Aunque decir que las tales obras conformes a los preceptos, porque no son por amor de Dios, son pecados, está condenado en el Concilio Tridentino; y también decir que servir a Dios, o hacer bien, por amor del premio o temor de la pena, sea pecado, aunque no es de valor alguno para la vida eterna.

Dice San Juan: *Charitas Dei perfecta est*; no en respecto de la caridad que tienen los incipientes o pro-

ficientes, que no es perfecta; porque esta manera de caridad perfecta no se requiere en todos los que *están en luz* y guardan los mandamientos de Dios, sino llámase en respecto de aquello que en ninguna manera agrada a Dios: la cual caridad le agrada, y cuanto a esto es perfecta, *quia ei nihil deest*. Porque nada le falta.

Aunque la caridad, considerada en sí, tiene sus grados; porque en algunos está sin excluir todos los pecados veniales (1), antes de propósito y deliberación los hacen, aunque no sin pena y remordimiento—por que si sin ningún remordimiento viniese en las tales personas, era de presumir que no tenían caridad—; como es el hombre que, con amar a Dios sobre todas las cosas, todavía ama su hacienda, su honra, sus hijos y persona, pero esto *infra Deum*, menos que a Dios; que si el amor de Dios le obligase a ir contra algo de aquello que ama, iría por no perder el de Dios. Y en este tal es la caridad imperfecta, y está en estado muy peligroso, y no será maravilloso caer de él pronto, si no tiene cuidado de aprovechar y mortificar el amor de las criaturas. Y para los tales no aprovechan los remedios contra los pecados veniales que ponen en la cartilla. del *Pater noster*, y agua bendita. Porque, como el pecado venial se haya de perdonar por el movimiento y hervor de la caridad de Dios, aunque tomen el agua bendita y digan el *Pater noster*, si no tienen el movimiento de la caridad de Dios, no aprovecha para tal efecto; mas si tuviese el tal hervor o levantamiento, perdonársele han. Porque aquellas cosas de sí no son ordenadas contra el pecado venial, sino en cuanto mueven el alma a levantar el afecto a Dios, y aborrecimiento del pecado, por lo cual se perdona. Pues, como el pecado venial se opone derechamente al hervor de la caridad, no se ha de perdonar sino por el hervor de ella. Ni tampoco se perdonan por cada levantamiento de la caridad todos los pecados veniales, sino en aquella parte o de la manera que a nuestro Señor le es quisto.

Otros cometen los pecados veniales de flaqueza, y no de deliberación o voluntad. Y estos son pecados de santos; porque no se dice santo porque no peque, mas porque tiene deseo de no pecar; y en éstos es

(1) Véase Tratado 17 del Santísimo Sacramento, número 6.

muy fácil el perdón, pues lo procuran luego. Y el mejor remedio contra los pecados veniales es la frecuente confesión de ellos. Porque, aunque uno dijo que no eran materia de la confesión, engañóse, que sí son; aunque no son materia necesaria como los mortales. Además, si no fuesen materia de confesión, seguiríase que el que confiesa los veniales solos, no recibe el Sacramento de la Penitencia; porque, aunque concurra la forma de la absolución, falta materia; que es gran inconveniente, y no digno de admitir.

Los pecados veniales no se perdonan al que está en pecado mortal, aunque haga penitencia por ellos y se arrepienta. Mas uno ha querido decir que se perdonan aun en el infierno; pero mejor dice Santo Tomás que son perdonados por el hervor de la caridad al cual se opone. Pues como el que está en pecado mortal, no haya caridad, menos podrá haber hervor de ella: luego no se le puede perdonar. Si queréis no faltar en el camino del Señor, no consintáis vuestra ánima andar sin espuela por camino tan largo. Esta es, o amor de aprovechar en servir a Dios, o temor de faltar y de las penas del infierno (*Apoc.*, 3, 15): *Utinam calidus aut frigidus esses: sed quoniam tepidus es, incipiam te evomere de ore meo.* Ojalá fueras caliente, o frío; más siendo tibio empezaré a vomitarte de mi boca. Señal es de faltar la tibieza, como de vomitar. ¿Queréis que Dios no os vomite ni eche de sí? Dadle el manjar caliente o frío; porque, si en vos falta el amor o temor y estáis tibio, dejaros ha, porque le habéis vos dejado.

In hoc scimus quoniam in ipso sumus.—¿En qué sabemos que estamos en Dios? ¡En qué! Dice San Juan: En esto que os tengo dicho, en que guardemos su palabra, porque entonces *in hoc caritas Dei perfecta est.* ni en otras devociones ni invenciones que la sabiduría humana ha inventado para estar en Dios dejando el cumplimiento de su palabra. Notablemente las palabras de San Juan tiran al corazón, y a reformar y sanar el mismo corazón, que sin caridad no puede tener sanidad; porque no basta dejar un vicio u otro, si no queda el corazón limpio de todo pecado y aficionado a Dios. Acontece dejar uno un pecado de carne, o de jugador, por un sermón; mas no por eso se sigue que ya estará su alma bien con Dios, que consiste en cobrar un nuevo amor a Dios sobre todas las cosas (*Gal.*, 5, 6): *In Christo autem nec circumcisio*

nec praeputium, sed nova creatura; de qua Joannes (Jn., 3, 7): Oportet denuo nasci. Mas en Cristo no valen la circuncisión, ni el prepucio; sino criatura nueva: de ella dijo San Juan: Conviene renacer, y estar en Él, y no en cosa ninguna del mundo; que con nuestro amor, a ninguna cosa del mundo sirvamos tanto como a Dios, que esto es *estar con Dios* con el corazón, que está más donde ama, que donde anima.

Y esta morada o habitación en Dios, con dos partes que tiene nuestra ánima la hemos de hacer: con el entendimiento y voluntad. Con el entendimiento, creyendo en Dios, y confiándonos de Él, y esperando en sólo Él. Muchos son los dolores y desmayos que al hombre cercan. Pues ¿dónde irá que los huya todos? No hay otro lugar sino Dios, que lo defenderá de tan fuerte enemigo (*Ps., 90, 9): Altissimum posuisti refugium tuum: non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tibi; cadent a latere tuo mille.* Altísimo pusiste tu refugio: no te alcanzará el mal, ni el azote se te aproximará; sino que a tu lado caerán a millares. ¡Oh qué seguro está el que se ha venido a guarecer en Dios! Ni se le acercará mal ni le herirá azote. ¡Ver que tanta gente vive desmayada y afligida, y derribada de las tentaciones, a su diestra y siniestra; mas Él siempre permanece en pie, porque se ha sabido bien valer!

La otra parte con que el hombre se ha de poner en Dios, es el amor; porque aunque las obras por temor, siendo de otra manera buenas, no sean malas, como tenemos dicho, si no incluyesen propósito de no hacerlas, ni tal pena no se recreciese; mas no son de valor ninguno delante de Dios. Ni es bueno el atrevimiento que algunos toman en la misericordia de Dios para no ponerse con Él por temor, dejando de estar en las cosas del mundo con Él; porque no saben si tendrán lugar de penitencia y de volverse a Dios; y ya que lo tuviesen cierto, ¿no es gran maldad, de la bondad de Dios que le convida a amarle, tomar ocasión a menospreciarle? Por cierto, no sería buena la mujer que, con la confianza que tiene en la bondad de su marido, osara cometer adulterio; ni el hijo que osa enojar a su padre es bueno, antes es grandísima maldad. Porque así como la mayor bondad es sacar bien de mal ajeno, como lo hace Dios, así la mayor maldad es sacar mal del bien ajeno.

V. 6.

Qui dicit se in Christo manere.—¿Queréis saber si estáis en luz? ¿Queréis tener compañía con Dios? ¿Queréis guardar su palabra, y que la caridad sea perfecta en vos, y, finalmente, estar en Jesucristo? *Es menester andar como anduvo Él.* Esta es la resolución y regla certísima de estar en Dios, si andamos como anduvo Jesucristo. Mirad el acuerdo de Dios. Hizo al hombre a su imagen y semejanza, amador de lo que Dios amaba, y le pareció bien. Procuró la serpiente de obscurecer la imagen, y juntar con ella su propia imagen y condición; y así lo hizo, que quedó el hombre hecho bestia, paciendo hierbas. Quiere ahora reformar esta imagen Dios y tornarla a su primera institución; y por acuerdo de la Santísima Trinidad vino el Hijo, que es imagen del Padre, como lo dice San Pablo (*Colos.*, 1, 15), al mundo, para que, imprimiendo en nosotros su propia imagen, quede impresa la propia del Padre, y así volvamos a ser la imagen de Dios que éramos (*Rom.*, 8, 29): *Nam quos praescivit, et predestinavit conformes fieri imagini Filii sui.* A los que previó, y predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo. A esto vino el Hijo de Dios al mundo, para que, imitándole, fuésemos imagen de Dios, fuésemos adonde Él volvió, que es de donde primero había venido, como verdaderas imágenes suyas. ¡Oh gran merced que Dios a los hombres hizo! Si un rey quisiese tomar por siervos suyos unos esclavillos, y porque son bozales y sin crianza, enviase a su hijo a su tierra de ellos, para enseñársela, ¿no sería digno de ser tenido en mucho?

En dos cosas debemos de imitar a Cristo: en lo que predicó y en lo que obró; que así obremos y conversemos en el mundo como él, como dice San Pedro (*1 Petr.*, 3, 16). Porque ¿cuál gracia es que mereciéndolo nos den de bofetadas? La gracia consiste en que no mereciéndolas, nos las den y lo suframos; porque a esto somos llamados, a imitación de Jesucristo, que *siendo maldecido, no maldecía* (*1 Petr.*, 2, 23). No queremos obligar a todos a la pobreza, a la peregrinación, y predicación, y tormentos de Jesucristo, sino a sus virtudes, a su humildad, obediencia, amor del Padre y de los prójimos, menosprecio del mundo, y confianza en Dios, como nuestro Redentor tuvo; y si no

en aquel grado, pero en alguno. Y en lo demás de la pobreza exterior y menosprecio y tormentos, tenga cada uno según viere que cumple para la conservación y aumento de lo interior; porque todo lo exterior se ordena a lo interior, como las hojas para la fruta. Y de esta manera el que tuviere casa y familia, tendrá aquella hacienda que ha menester para ello; vestirse ha de la manera que conviene a persona que su voluntad es de agradar a Dios y no al mundo; socorrerá a los pobres pudiendo, y aprovechará a los prójimos en lo que pudiere; cuando se le ofreciere a él injuria, súfrala, como lo hizo Jesucristo. Y si se pudiere sustentar sin propia hacienda, no la tendrá, por más desocuparse al servicio de nuestro Señor. Y esto es andar como anduvo Jesucristo. *Qui michi ministrat, me sequatur* (Jn., 12, 26). Seguir e imitar dice. Hemos también de andar, como el Señor, de palabra, que fué lo mismo que obra, pues (Act., 1, 1) *caepit jacere et docere* comenzó a obrar y enseñar, como él mismo lo dijo por San Marcos (8, 34): *Qui dixit ad omnes: Qui vult venire pos me abneget semetipsum et tollat crucem suam*. El cual a todos dijo: Quien quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz; no lo limitó a solos los Apóstoles, sino *dixit ad omnes*. Pues si no vamos a Jesucristo, no iremos adonde Él fué; y como no hay otro lugar de Iglesia sino aquél, quedarnos hemos en nuestra miseria. Y así fué figurado nuestro Salvador en *la columna de fuego* que iba delante de los judíos sacados de Egipto, que caminaban a la tierra de promisión (Ex., 13, 22); la cual andaba cuando habían de andar y paraba cuando habían de parar. Y de esta manera es la guía Jesucristo de los que caminan para el cielo.

V. 7. 8.

Charissimi, non mandatam. Es muy usada el habla del amor en San Juan; pues aun de él se dice que siendo ya viejo lo llevaban en una silla a la iglesia a predicar, y en el camino donde paraban, luego decía: Hijuelos, amaos unos a otros. Y preguntado por qué encargaba esto, respondía: que porque era el mandamiento de nuestro Señor (Jn., 15, 12): *Hoc est mandatum meum, ut diligatis invicem*. Dice ahora aquí, que no les escribe mandamiento nuevo del que les ha

predicado y oyeron cuando recibieron la fe, que es del amor, sino viejo, y el mismo que otras veces le habían oído. *Iterum mandatum novum*. Mas otra vez les repite y renueva aquel mismo mandamiento, que aunque es viejo, cuanto al tiempo de la notificación de él, porque ya lo habían oído, mas es nuevo en sí; porque es *mandamiento nuevo*, como el Señor dijo (*Jn.*, 13, 34). Y así llámale ahora nuevo, porque habla del mandamiento en sí.

Mas hay dificultad, cómo se puede llamar mandamiento nuevo el de amor de los prójimos, pues fué dado a los judíos. Dícese que es nuevo, cuanto a la manera del cumplirlo, como lo cumplió nuestro Señor Jesucristo—y por eso quiso que lo cumpliésemos—, que fué desinteresadamente, negándose y sufriendo todos los tormentos que sus enemigos en él quisiesen hacer, con otras innumerables penas que a ellos se juntaron por nosotros, a lo cual en su manera nos obliga. Pues mandamiento de amor de esta manera, nuevo es, nunca notificado ni a gentiles ni a judíos. Que si alguno lo entendió antes de Cristo en esta forma, no era por razón del mandamiento, ni por lo que sonaba, sino por se lo enseñar y revelar así Dios interiormente.

Quod verum est et in ipso et in vobis. El cual fué cumplido en el Redentor nuestro y en vosotros. Que esto es *ser verdad* el mandamiento; tener su cumplimiento y verificación. Y es manera de hablar de San Juan, como llama al mal de la voluntad, tinieblas, y al bien de ella luz. Y aunque el mandamiento sea *en sí* verdadero, [aunque] no haya quien lo cumpla; empero no parece tener entero cumplimiento ni perfección hasta ser cumplido; porque su fuerza y apetito llega hasta el cumplimiento; así como el ánima racional, verdadera ánima es apartada, mas no parece tener su perfección y cumplimiento hasta que se junte al cuerpo para el cual se ordena.

Y de esta manera nuestro Señor Jesucristo, por la fe y doctrina del Evangelio que fundó, no solamente no destruyó la Ley de los judíos, mas dióle su cumplimiento; que no lo pudo tener sino con su venida (*Mt.*, 5, 17): *Non veni solvere legem sed adimplere; et jota unum aut unus apex non preterivit a lege*. No vine a quitar, sino a cumplir la ley; de la cual no se suprimirá jota, ni ápice. Y esto es lo que dijo San Pablo (*Rom.*, 3, 28): *Arbitramur enim hominem justificari per fidem, sine operibus legis. (Et paulo in ferius)*:

Legem ergo destruimus per fidem? Absit, sed legem statuimus. Creemos justificarse el hombre por la fe, sin las obras de la Ley; y después: ¿Destruímos, pues, la Ley por la fe? De ningún modo, sino que la establecemos. De manera que quiere San Pablo que la fe y doctrina del Evangelio no solamente no pelle contra la Ley, mas que le dé cumplimiento y firmeza, que sin ellas no podía tener. Y el griego dice en lugar de *statuimas, stabilimus*.

Tenía la Ley cosas morales y ceremoniales; las ceremoniales no eran por sí, ni hacían al hombre mejor ni peor: como es, que no comiese carne de puerco, que no sembrase en su heredad diversas semillas, que no vistiese de vestidura hecha de lino y lana (que tenía de estos preceptos seiscientos y sesenta); los cuales eran para significar y entender por ellos las cosas morales que les eran mandadas. Los mandamientos morales ordenaban al hombre a bien vivir. Pero ni los morales, ni los ceremoniales menos, pudieran tener cumplimiento hasta la venida de Jesucristo, y hasta ser dada su fe y gracia; porque no había fuerza para el cumplimiento de la Ley en toda la ley; solamente había miedo, o amor de premio, que no era bastante ni agradable a Dios; y así estaba la Ley como edificio sin fundamento para se caer, y como con puntales. Dióle cumplimiento la fe y gracia de nuestro Señor Jesucristo, y así quedó firme y cumplida. Y porque lo ceremonial no era de valor alguno en sí, que era la corteza, venida la gracia, cesó; porque en ella se sustenta lo moral mejor que no en lo ceremonial. Y por cuanto quedó lo que significaba, y lo que de ella se pretendía, firme y con cumplimiento, dícese que la fe da cumplimiento a toda la Ley.

Quia tenebrae transierunt.—Ya pasaron las tinieblas, que fueron las ceremonias de la Ley, en las cuales está encubierta y escondida la verdadera luz, que es Jesucristo.

V. 9.

Qui dicit se in luce esse. El que dice estar en luz.—Y por tanto, como no sea esta obra de luz para su hermano, lo será de tinieblas; porque quien lo aborrece, aunque más se parezca que anda en luz, en tinieblas anda. Es cosa muy miserable, venida ya la

luz al mundo, andar aún en tinieblas; y así lo son los pecados de los cristianos. Y esto es lo que con gran sentimiento decía Marta (*Jn.*, 11, 39): *Quatriduanus est; jam jetet*. Hiede mucho el hombre que ha cuatro días que está muerto. Que es ley de naturaleza, de escritura y de gracia, y de particulares inspiraciones de Dios.

V. 10 y 11.

Qui diligit fratrem suum, este tal está en luz. Y mirad que es menester hacerle bien; porque no basta no quererle mal.

Et scandalum in eo non est. Teniendo amor del prójimo, ha echado el hombre de sí un tropezadero, donde tropieza ofendiendo a Dios. Porque si queréis mirar en eso, hallaréis que los más pecados que coméis son de falta de amor del prójimo; de ahí viene la envidia, el murmurar, el juzgar, el no compadecerse de él, y el no le favorecer en sus necesidades con lo que podéis.

Tiene dicho San Juan, aquí en este capítulo (V. 6), que *el que está en Dios ha de andar como anduvo Jesucristo*; lo cual Él mismo también dijo (*Jn.*, 10, 27): *Et oves meae vocem meam audiunt, et me sequuntur (ergo qui non sequuntur me, non sunt oves meae)*. Mis ovejas oyen mi voz y me siguen; los que no me siguen no son ovejas mías. La cual palabra podría en algunos causar gran desmayo, cotejando sus fuerzas con la alteza de lo que es seguir a Cristo; y porque tal desmayo nace de la prudencia de la carne y no de la doctrina del Salvador, sería bien remediarlo.

La prudencia de la carne—dice San Pablo (*Rom.* 8, 7)—*inimica est Deo, legi ipsius Dei non est subiecta, nec enim potest*. La prudencia de la carne es enemiga de Dios; es el sentido o sentimiento que la carne misma tiene de las cosas que desea; porque aquello es su saber, ni se extiende a más de a querer y procurar riquezas y deleites del cuerpo: aquel apetito es, pues, de la carne. Aqueste sentimiento del alma hacia ello, y el acuerdo e industria que en lo conseguir pone, se dice *prudencia de la carne*; porque todo el saber del alma, cuanto aquella parte, sirve a lo que la carne quiere.

Y también se podrá decir *prudencia de la carne* el

deseo que tiene la razón de la bienaventuranza no fortificada por gracia, y consejo que para ello toma la misma razón no alumbrada por fe y conocimiento vivo. De manera que entender el consejo de Dios de la manera que la razón desmedida lo quiere entender, y querría que se entendiese, es prudencia de la carne. Y aunque el hombre no viva ni obre según los deseos del sentido, sino de la parte racional; mas por cuanto allí no hay más que hombre desnudo, llámase carne, conforme le suele la Escritura llamar (*Ez.*, 21, 5): *Ut sciat omnis caro, id est omnis homo* San Pablo (1 *Cor.*, 2, 14): *Animalis homo non percipit... Animalem hominem vocat*. Hombre animal le llama, como dice Teofilato.

De esta prudencia de la carne se sigue en el hombre, si conforme a ella vive, murmurar contra Dios, como hicieron los judíos en el desierto (*Núm.*, 14, 11). *Murmurar*, no se toma allí por decir mal, que eso se dice *detraer*; sino por *quejarse*. Quejábanse mucho los judíos de Moisés, porque los había sacado para tantos trabajos. Y cuando vinieron los doce capitanes de ver la tierra de promisión, oyendo de ellos que las ciudades eran de fuertes muros, y los habitantes muy grandes, sentóse cada uno a la puerta de su tienda a llorar y quejarse de Moisés, porque los había sacado, olvidados del poder que tenía de parte de Dios, del que tanto se habían aprovechado. Esto hace en los hombres *la prudencia de la carne*. cuando le dicen que ha de imitar a Jesucristo en las virtudes, porque les parece ciudad con muro hasta el cielo, y los enemigos como gigantes. Era la ley de Moisés tan áspera y dura de llevar, que en el primer Concilio que tuvieron los Apóstoles dijo San Pedro (*Act.*, 15, 10): *¿Para qué procuráis que guardemos la Ley y nos carguemos de carga que ni nosotros ni nuestros padres no la pudieron llevar?* Y esto era tener Moisés *las manos muy pesadas* (*Ex.*, 17, 12). Pues si la Ley del Evangelio añade carga sobre aquélla, por demandar limpieza de corazón, y lo mismo el imitar a Jesucristo, ¿quién podrá sobre esa carga? Y que añada sobre la Ley vieja, dice nuestro Señor (*Mt.*, 5, 38): *Oísteis que está dicho: Dentem pro dente; ego autem dico vobis, non resistere malo; ego autem dico, omnino non iurare*. Diente por diente; pero yo os digo que no resistáis al malo, y que absolutamente no juréis. Donde añade a la Ley, y pasa adelante a

cosa más dificultosa, que es a la limpieza del corazón. Está alejada *la prudencia de la carne* de Dios. y de aquí viene a no creer que se ha de entender así. y que son *consejos* aquéllos, y que le bastan los diez mandamientos, así mal entendidos a su modo, y decir mal de los predicadores, o a desmayar y desconfiar de poder seguir a Jesucristo y de salvarse.

No hay duda sino que grande cosa pide Jesucristo para que vayamos al cielo y le agrademos; pide imitación de sus virtudes, limpieza de corazón; pide cumplimiento de una Ley santísima y purísima, a la cual aborrece y repugna nuestro corazón; porque el pecado a quien se sujetó lo ha hecho contrario del corazón de Dios. ¿Qué cosa más contraria al mancebo carnal, que la castidad y al avariento dejar la codicia, y al soberbio sufrir la bofetada? Pues todo esto pide Dios, so pena de no agradarle; y que no sólo lo cumpláis por fuera, sino en el corazón, por amor de Él. Así ha de estar la castidad, el menosprecio de la hacienda y de la honra.

Mas mirad que el que os ha espantado, Él mismo os asegura; el que os hiere, os cura. Por vuestra flaqueza no neguéis la verdad de Dios; conoced que sois flaco e inhábil para lo que Dios os manda, mas por eso no dejéis de confesar que lo manda Dios y pide del hombre, porque el mismo que os obliga a tal cosa, Él os ayuda para ello. Que no sois vos el que lo habéis de hacer, sino Dios en vos, por los merecimientos de Jesucristo, su Hijo, de cuyo espíritu nos da, para que podamos andar por el camino que Él anduvo; no a las parejas, corriendo *con Él*, mas andando tras Él, porque es Dios y *tiene el Espíritu Santo sin medida* (Jn., 3, 34; 1, 14...) que procede de Él. *Et vidimus eum plenum gratiae et veritatis. Et de plenitudine ejus omnes nos accepimus, et gratiam pro gratia, (valde) Quia lex data est per Moysen.* Y lo vimos lleno de gracia y de verdad; y de su plenitud todos hemos recibido, gracia por gracia. Porque Moisés nos dió la Ley, mas Jesucristo, la gracia. He aquí el remedio contra vuestra flaqueza. El mismo que os dice: *qui michi ministrat me sequatur...*, os dice (Mt., 11, 28): *Omnes, qui laboratis et onerati estis venite ad me, et ego reficiam vos.* Quien me sirve, sígame: Venid a mí los que estáis trabajados y abrumados, que yo os aliviaré. No se asiente en vuestro juicio que vuestras fuerzas son las que pueden guardar *los caminos duros* que dice David

(Ps., 16, 4): *Ego custodivi vias duras*, ni que pueden vencer tan fuertes enemigos. Como el hombre tiene fuerzas y favores de Dios, gracia suya, hecha a vos por los merecimientos de Jesucristo, nuestro Redentor, ya que conozcáis que es fuerza de Dios, no os engañéis pensando que os ha sido comunicada por vuestra justicia, por vuestros merecimientos, sino por los de Jesucristo; que *ya no fuera gracia si por vuestras obras se os diera* (Rom., 11, 6). De lo cual avisa mucho Dios a los judíos, queriendo entrar en la tierra de promisión (Deut., 7, 5): que no piensen que por sus obras les entrega Dios *la tierra de promisión*; que se acuerden cuán mal lo han hecho desde que salieron de Egipto y cómo lo provocaron a ira. Por eso vos no penséis, habiendo de entrar—o entrado—en la tierra de promisión, que es la paz de los perfectos, o en la celestial Jerusalén, que por haber bien servido a Dios, después que os sacó del pecado, habéis merecido la perfección y el cielo, y que no se apartase Dios de vos; que innumerables veces le habéis provocado a ira, y a dejaros sin su misericordia, si por Jesucristo no os hubiera guardado.

V. 12.

Scribo vobis, filioli, quoniam remittuntur vobis peccata propter nomen ejus. Os escribo, hijitos míos, que vuestros pecados son perdonados en méritos de su nombre.—Son altas las cosas que aquí ha dicho San Juan; y por parecerle que no convenían a todos, dice él que sí, que a todos dice aquello mismo; y escríbeles por qué les son perdonados todos sus pecados: *propter nomen ejus*, que es de nuestro Señor. Y esto se puede entender, o por el nombre del Hijo en cuanto hombre, o del Padre; y si del Padre en dos maneras: o el *nomen* quiere decir fama; *ut* (Prov., 22, 1) *melius est nomen bonum quam divitiae multae*, y entonces quiere decir hacer Dios algo por *su nombre*, por su fama y honra; como pedía Moisés a Dios, que no perdiese su pueblo *por su nombre*; porque parecía poner nota en la fama de Dios acerca de los infieles ver que al pueblo sacado de Egipto no lo había defendido ni llevado donde le había prometido por no haber podido; y así hace Dios muchas cosas con su pueblo, que merecía recios castigos.